

ña, la qual a de durar para siempre, ¡quién temiera la muerte!, pero bien veo que yo me e de morir y solo esta memoria a de quedar de mí; <sup>1</sup> por lo qual voluiéndose á los canteros, les dió las gracias y mandó les diesen la paga de su trauajo, á los quales les dieron muchas cargas de maíz y frijol y chile, mantas y camisas para sus mugeres y hijos; diéronles cargas de cacao algunas, para que repartiesen entre sí, y á cada uno un esclavo que le sirviese, con lo qual los canteros quedaron muy contentos y bien pagados, así del un trabajo de querer traer la piedra, como del trabajo de haber esculpido la effigie del rey *Monteçuma*.

Luego que *Monteçuma* volvió á su casa, sentado con sus principales y señores, les empegó á declarar lo que *Neçaualpilli*, el rey de Tezcuco, le auia dicho, el mal pronóstico que le auia anunciado y lo que sobre la cometa le auia declarado; y viendo lo que de la piedra auia acontecido y dicho, empegó ante ellos á llorar amargamente, y ellos juntamente con él; y queriéndole consolar aquellos grandes que con él estaban, les dixo: hermanos míos: ¡cómo puedo yo consolarme, pues me veo cercado de tantas angustias y sobresaltos! ¡soy yo por ventura mas que *Naçaualpilli*, que era profeta y sabia las cosas por venir y las declaraba, y en fin, con toda su ciencia se murió! ¡soy yo mas que mi deudo y pariente muy cercano, el gran *Tezumpantecutli*, señor de Cuitlauac, que tambien tenia sus prophecias y sabia en el caso seiscientas y diez ciencias, las quales declaraba con grandísima facilidad! Tambien veo que se murió: ¡pues qué será de mí, que soy ignorante y sin ciencia ninguna? ¡cómo me podré evadir de la calamidad y mal que espero! Los señores le consolaron lo mejor que pudieron, diciéndole esperase en el Señor de las alturas y de los dioses, cuya silla y asiento poseya, y cuyo señorío tenia y regia, quellos le favorecerian, con lo qual quedó algo consolado, aunque el consuelo le turó muy poco, como se verá en los capítulos de adelante. Los señores se despidieron del y se fueron á sus casas.

<sup>1</sup> En la nota de la pág. 251 se dió noticia de la mala suerte que la ignorancia y el fanatismo depararon á estos monumentos históricos.

## CAPITULO LXVII. <sup>1</sup>

De cómo *Monteçuma* propuso de se ir de la ciudad á esconderse donde no fuese hallado y de cómo lo puso por obra, y de un mal pronóstico que antes tuvo.

Era el sosiego de *Monteçuma* tan poco y traía tan sobresaltado su coraçon, que todas las veces que via la cometa, ó que oía el alarido que los indios daban al tiempo que salia, que no podia quietar su corazon ni sosegar su pecho, dado que fuese animoso y de gran virtud; y así, estando un dia pensativo y penado, llamó á sus corcobados y enanos que le servian dentro de su palacio, y previniéndoles y avisándoles primero guardasen todo secreto en lo que les queria decir, so pena de la vida, les dixo: auéis de saber que yo estoy muy triste y con gran sobresalto, temiendo lo que me an dicho que a de venir sobre mí y en mi tiempo a de acontecer; por lo qual yo e determinado de me ir á esconder á alguna cueva á los montes, donde nunca mas parezca; <sup>2</sup> por eso, si os quereis vosotros ir conmigo, agradecer os lo e, tenerme eis vosotros compañía. Los corcobados y enanos le respondieron, que él era su señor, que les mandase lo que quixese, que ellos le obedecerian y irian donde él fuese servido de llevarlos. El rey, viendo su voluntad de le servir, se lo agradeció y dixo: que esperasen, que él buscara donde uiesen de ir y á su tiempo él les avisaria; pero que mientras lo buscaba, que tuviesen el secreto que les auia encomendado.

<sup>1</sup> Véase la lámina 26<sup>a</sup>, part 1<sup>a</sup>.

<sup>2</sup> La historia antigua nos presenta un caso semejante, producido tambien por los sueños.—Un rey de Etiopía, llamado *Sabacos* ó *Sabacon*, destronó al soberano de Egipto y ocupó su trono. Soñó que un hombre puesto en pié, (que segun Diódoro era el dios de Tebas) le anunciaba no podria reinar largo tiempo en Egipto, si no descauizaba á todos los sacerdotes. Consideró el consejo como impio, viendo en él un aviso de que habia espirado el periodo que le era permitido reinar en Egipto, y en consecuencia debia retirarse cuanto antes. Los oráculos le habian fijado de antemano el periodo de su reinado. El soberano destronado volvió á su trono. (HERODOTUS II, 139.—DIÓDORO DE SICIL. I, 65.) Parece que el alto relieve esculpido en el ángulo del atrio de la iglesia de San Hipólito, representa el pasaje del indio trasportado por el águila.

Cuenta la historia en este lugar, que andando *Monteçuma* buscando y imaginando dónde se ir á esconder, que aconteció un caso prodigioso con un indio de la provincia de Tezcuco, natural del pueblo de Coatepec, y es que estando un indio labrador labrando sus milpas (ó sementeras, que esto quiere decir milpas), con todo el sosiego del mundo, baxó de lo alto un águila poderosísima sobre él y echándole mano con las uñas de los cabellos, le subió á lo alto,<sup>1</sup> tanto que los que le vieron ir casi le perdieron de vista, y llevándole á un alto monte le metió en una cueva muy oscura, y puesto allí oyó al águila decir: poderoso señor: yo e cumplido tu mandado y aquí está el labrador que me mandaste traer; el qual oyó una voz, sin ver quién la hablaba, que dixo: seais bien venidos: metedlo acá, y sin ver quién, le tomaron por la mano y lo metieron en un aposento claro, donde vido estar á *Monteçuma*, como dormido y casi fuera de su natural sentido, y haciendo sentar al labrador en un sentadero junto á él, le fueron dadas unas rosas en la mano y un humazo de los que ellos usan chupar, encendido, y díxole el que se lo dió: toma y descansa y mira ese miserable de *Monteçuma* cuál está sin sentido, embriagado con su soberbia y hinchazon, que á todo el mundo no tiene en nada; y si quieres ver quán fuera de sí le tiene esta su soberbia, dale con ese humazo ardiendo en el muslo y verás como no siente. El indio, temiendo de le tocar, le tornaron á decir: tócale, no temas: el indio con el humazo ardiendo le tocó y el *Monteçuma* fingido no se meneó ni sintió el fuego del humazo.

La voz que le hablaba le dixo: ¿ves cómo no siente y cuán insensible está y cuán embriagado? pues sábetete que para este efeto fuiste aquí traído por mi mandado: anda, ve, vuelve al lugar de donde fuiste traído y dile á *Monteçuma* lo que as visto y lo que te mandé hacer; y para que entienda ser verdad lo que le dices, dile que te muestre el muslo y enséñale el lugar donde le pegaste el humazo y hallará allí la señal del fuego; y dile que tiene enojado al Dios

<sup>1</sup> Este es un rapto como el de *Ganímides*, trasportado tambien por un águila á las regiones celestes, aunque no con igual comodidad ni intentos.—El hermoso Frigio iba caballero en el ave sagrada, mientras que al pobre indio lo llevaba entre las garras. (Sueton. in *Domitiano*. Cap. VI.)—Así tambien otra se llevó la cabeza del gobernador de la alta Germania, vencido por Domiciano (Sueton. in *Domitiano*. Cap. VI.) y una tercera el gorro ó sombrero (*pileus*) de *Diadumenus*, que pronosticaba la muerte de su padre y su propia elevacion al trono de los Césares. (Lampridius. in *Diadum*. Cap. IV.)

de lo criado y que él mesmo se a buscado el mal que sobre él a de venir y que ya se le acaba su mando y soberbia: que goce bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él mesmo se ha buscado el mal: y diciéndole estas palabras mandó salir el águila que lo auia traído y que lo volviese á su lugar. El águila salió y le tornó á tomar por los cabellos con las uñas y le truxo al lugar mesmo de donde le auia traído, y en dexándole dixo: mira hombre baxo y labrador que no temas, sino que con ánimo y corazonagas lo que el Señor te a mandado, y no se te olvide algo de las palabras que as de decir; y con esto se tornó el águila á subir por el aire y desapareció.

El pobre labrador, como quien despertava de un sueño, se quedó espantado y admirado de lo que auia visto; y así como estaba con la *coa* en la mano, vino delante de *Monteçuma* y pidióle queria hablar, y dándole entrada, humillado ante él, le dixo: “poderoso Señor: yo soy natural de Coatepec y estando en mi sementera labrándola, llegó un águila y me llevó á un lugar donde vide un gran Señor poderoso, el qual me dixo descansase, y mirando á un lugar claro y alegre te vide sentado junto á mí y dándome unas rosas y una caña ardiendo que chupase el humo de ella: despues que estava muy encendida me mandó te hiriese en el muslo y te herí con aquel fuego y no hiciste nengun movimiento ni sentimiento del fuego, y diciendo cuán ensensible estabas y cuán soberbio, y como ya se te acababa tu reynado y se te acercaban los trabajos que as de ver y experimentar muy en breve, buscados y tomados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras, me mandó volver á mi lugar y que luego te lo viniese á decir todo lo que auia visto: y el águila tomándome por los cabellos me volvió al lugar de donde me auia llevado, y vengo á te decir lo que me fué mandado.

*Monteçuma*, acordándose que la noche antes auia soñado que un vil hombre le heria con un humazo en el muslo, miró el muslo y halló en él una señal y en ella un gran dolor, que no la osaba tocar,<sup>1</sup> y sin mas preguntar al indio cosa nenguna llamó á sus alcai-

<sup>1</sup> Las crónicas de la edad média, y aun muchos libros de siglos posteriores, nos ministran infinitos casos perfectamente análogos de visiones terríficas, que, al disiparse, dejaban impreso su recuerdo con una terrible realidad, ya en quemaduras, ya en carde-

dés y carceleros y mandó que echasen aquel indio en la cárcel y que no le diesen á comer sino que muriese allí de hambre. El indio fué echado en la cárcel y olvidado en ella, sin que hombre tuviese cuidado de darle de comer; y creciéndole el dolor en el muslo estuvo algunos días malo en la cama, curándole los médicos con mucha diligencia; el qual despues que sanó llamó á sus corcobados y mandó llamar á unos hechiceros y sortilegos, que ellos llamauan *Tequitque*, y mandóles que luego desollasen diez hombres y que le truxesen los cueros, que los auia menester.

Traidos ante él los cueros de hombres, mandólos entrar en su recámara, tomando dos corcobados de los que le servian les dixo: que él auia ya hallado el lugar á donde se auia de ir á esconder; el qual se llamaba *Cicalco*, que quiere decir, "el lugar de las liebres,"<sup>1</sup> el qual lugar era muy ameno y recreable, donde los hombres vivian para siempre sin morir, y que segun la relacion que le auian dado, que era lugar de aguas muy cristalinas y claras y de mucha fertilidad de todo género de bastimentos y frescuras de rosas y flores, y que él determinaba de irse allí, pero que primero queria que fuesen ellos á saludar al Señor de aquel lugar que se llamaua *Uemac*, y que de su parte le diesen aquellos cueros de hombres, y que le dixesen cómo el rey *Monteçuma* le suplicaba le recibiese en su compañía y servicio, porque lo tenia mucho en deseo, solo por librarse de lo que *Tzompantecutli*, Señor de Cuytlauac, y el rey de Tezcuco le auian anunciado antes de su muerte, y por ver que auia ya visto tantas señales en el cielo y pronósticos y agüeros en la tierra, que lo tenia por cierto: que le pedia de merced le admitiese á

nales y escoriaciones y en todos los otros modos y medios con que se puede atormentar el cuerpo, todo ello obra de seres invisibles é impalpables.—Basta echar una ojeada sobre el—*Magnum Speculum exemplorum* del P. Juan Mayor, ó cualquier otro de su género, que no escasean, para quedar sanado.—Mas no será justo olvidar un ilustre ejemplo que ministran las crónicas de Francia. Refiérome á la ruda azotaina que le dió San Remigio al rey Pepin, tan bien aplicada que le dió fiebre, quedándole visibles y sensibles los cardenales, como á Motecuhzoma la quemada. (Lenglet Dufresnoy, Recueil de Dissertations sur les apparitions, etc. T. I., part. I., pág. CXXXV.)

<sup>1</sup> La tradicion fabulosa que sigue á continuacion, se relaciona, en alguna manera, con la que pone el autor bajo el reinado de *Moteczuma I.*—Véase lo que sobre ella digo en la nota de la pág. 228.—Allí escribí *Cincalco*, conformándome á la lectura de Sahagun y Tezozomoc; mas puesto que la palabra significa—"lugar de liebres"—y literalmente—"Casa de la liebre"—la ortografia propia es *Cicalco*.

su servicio; y mandándoles estrechamente no lo descubriesen á nadie, dándoles para el camino todo lo que auian menester.

Salieron los corcobados con los *Tequitiques*<sup>1</sup> á buscar el lugar de la cueva de *Cicalco*, dándoles el mesmo *Monteçuma* relacion de donde la auian de hallar, que segun relacion de algunos era entre México y Coyuacan, en un lugar que llaman *Atlixucan*,<sup>2</sup> donde dicen los viejos que todas las noches de esta vida salia una phantasma<sup>3</sup> y se llevaba un hombre, el primero que topaba, el qual nunca mas parecia, y así huian de andar aquel camino de noche. A este lugar, dice la historia, que envió *Monteçuma* estos sus mensageros, los quales entrando por la cueva que allí auia, toparon un hombre muy negro con un báculo en la mano, que se llamaua *Totec*, y preguntándoles lo que querian, le respondieron que venian á hablar al Señor de aquella cueva *Uemac*, y tomándolos por la mano los llevó á la cueva adentro y los puso ante *Uemac*, el qual tenia una fiera figura, y humillándose ante él, le presentaron los diez cueros de hombres que llevaban, y refiriéndole el ménsage que llevaban y el deseo que *Monteçuma* tenia de venir allí, á le servir, él les respondió: decidle á *Monteçuma* que ¿á qué quiere venir acá? ¿piensa que en este lugar hay joyas y oro y piedras preciosas y plumas y mantas ricas, como las que él goza allá en el mundo? Decidle que se engaña; que goce de lo que goza y se esté quedo; que lo que está determinado, que no lo puede huir, y decidle que estos que están en mi compañía, que tambien fueron hombres como él y que gozaron de lo que él goza y ágora padecen lo que veis: miradlos y consideradlos cuán diferentes figuras tienen aquí de las que allá tenían; que no piense que aquí tenemos ningun contento y alegría, sino todo trabajo y miseria, y que á este lugar no venimos nosotros de nuestra voluntad, sino traídos por fuerza y estamos con la voluntad del muy alto; que ¿cómo puede él venir acá?<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Así en la copia. Antes escribí *Tequitque*.

<sup>2</sup> Tal vez *Atlixucan*, ó *Atlixucan*.—La ubicacion de la mayor parte de estas pequeñas localidades es hoy desconocida.

<sup>3</sup> Los fantasmas y las apariciones han sido en todo tiempo, y todavía son tan comunes, que no merecen la pena de considerarlos.

<sup>4</sup> Los viajes á las regiones infernales no pertenecen exclusivamente al dominio de la mitología, tambien se encuentran en el de la historia. La de Francia nos ministra el de Carlos el Calvo al infierno y al purgatorio, desde donde pudo vislumbrar algo de la cor-